

Capítulo 6: Las cosas que no se dicen

El calor de agosto se sentía más fuerte ese día. Las calles de Hiroshima hervían bajo el sol, y en el hospital los abanicos de papel apenas servían de algo.

Kyo había empezado a conocer los pasillos del lugar de memoria. Ya no necesitaba que Aoi le explicara qué hacer. Ella tampoco lo trataba como un extraño. A veces bastaba una mirada para entenderse.

—Hoy llegarán nuevos heridos desde la costa —le dijo Aoi mientras acomodaban mantas—. Uno de ellos es un niño de cuatro años. Lo encontraron solo, sin nombre. Tal vez puedas ayudarlo a no sentirse tan perdido.

Kyo no dijo que él se sentía igual.

Pasaron la tarde limpiando, vendando, calmando gritos. Aoi se movía como una sombra serena, sin vacilar. Kyo no podía evitar mirarla. No por atracción física —o no solo por eso—, sino porque había algo en ella que lo anclaba. Como si fuera el único punto firme en un mundo que estaba a punto de quebrarse.

Esa noche, cenaron juntos por primera vez, no por cortesía, sino porque lo sintieron natural.

—¿No te parece raro? —dijo Aoi mientras comían arroz frío con té—. Tú, yo, aquí. Compartiendo algo como si nos conociéramos de antes.

Kyo tragó saliva. Iba a decir algo, pero ella lo interrumpió.

—No me malinterpretes. No creo en el destino. Solo creo... que hay personas con las que el tiempo te enreda o te une, sin previo aviso.

Kyo la miró. El corazón le latía más fuerte.

—Tal vez por eso estás aquí —añadió ella—. Tal vez alguien como tú tenía que aparecer justo ahora. Aunque no sepa por qué.

Hubo un silencio suave, como un acuerdo silencioso de no hablar más.

Esa noche, cuando Aoi fue a su cuarto, dejó una pequeña linterna de papel doblada junto a su futón.

—Para que no te pierdas en la oscuridad —dijo.

Y cerró la puerta sin mirar atrás.

Kyo se quedó mirando el papel, sin atreverse a tocarlo. Ya no sabía si quería regresar.